

## Insurgencias femeninas

Dora Barrancos<sup>1</sup>

La escritura significó a lo largo de los siglos, pero especialmente en el torbellino del XIX y las primeras décadas del XX, un bálsamo reparador para la condición femenina. Fuga de los desatinos subordinantes patriarcales, posibilidad de encuentro consigo, abundan los análisis acerca del significado fundamental de la escritura para las mujeres. Aunque los manuscritos quedaran en olvidados cajones, escribir constituyó una suerte de sortilegio, y también un lenitivo. Muy a menudo esa circunstancia era mantenida en secreto, la producción constituía un fenómeno críptico –o informada solo a muy íntimas–, pues se imponía el pudor, cuando no el temor reverencial a la censura familiar. Escribir diarios íntimos, sin embargo, no era solo cosa de mujeres, hay larga evidencia de la elaboración de notas cotidianas, reveladoras de sentimientos y sensaciones, expresadas por varones. Pero el diario íntimo femenino con certeza equivalía a una conquista de franquía y se guardaba bajo siete llaves. Su posibilidad expansiva a diversos sectores sociales, cuyas mujeres podían acceder a la lectoescritura –no hay duda de que era menguada la dimensión letrada en la mayoría de los países, con excepción de Alemania, aunque

---

<sup>1</sup> Lic. en Sociología (UBA), Mestre em Educação (Universidade Federal de Minas Gerais) y Dra. en Historia (UNICAMP, Brasil). Ha sido Investigadora Principal y Directora (2010-2019) del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), en representación de las Ciencias Sociales y Humanas; Profesora Consulta de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA, 2000-2010); Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (FF y L, UBA); Directora de la Maestría y del Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades de la UNQ. Posee más de un centenar de publicaciones científicas, entre las que se destacan los libros de su autoría: *Mujeres, entre la casa y la plaza*, Colección Nudos de la Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 2008; *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007; *Inclusión/Exclusión. Historia con Mujeres*, Fondo de Cultura Económica, México/Buenos Aires, 2002; *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores. 1890-1930*, Editorial PLUSULTRA, Buenos Aires, 1996; *Cultura, educación y trabajadores, 1890-1930*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991; *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, CONTRAPUNTO, Buenos Aires, 1989.

bastante más holgada en los grupos sociales mejor abastecidos–, hizo de la forja de diarios una práctica singular desde fines del XIX. Aunque no puede sostenerse que el primer peldaño de una biografía de escritora fuera la domesticación del diario íntimo, no dejo de pensar en que esta herramienta resultó de mucha utilidad para templar, estimular y animar a las autoras a tornar públicas sus creaciones. Es bien sabido que una buena cantidad se valió de seudónimos masculinos –y tal vez hasta ese uso se incrementó desde mediados del XIX–, porque era temerario el envalentonamiento de la autoría por parte de una mujer. Pero cuando se cerraba el XIX y se abría el nuevo siglo, más mujeres se decidieron a no renunciar a la identidad propia y entonces la escena literaria y publicista –hubo en nuestro país una interesante labor femenina al frente de publicaciones periódicas–, debió admitir a regañadientes la concurrencia femenina. Es doloroso reconocer que en nuestros días todavía hay trazos injuriosos de discriminación y falta de reconocimiento de las mujeres en todas las dimensiones, pero especialmente en la vida literaria, circunstancias que perduran más allá de las grandes transformaciones que vive nuestra sociedad. Para muestra, evoco una suerte de ranking mostrado por un diario de gran circulación a propósito de las evocaciones del Bicentenario –realizado seguramente por un grupo de entendidos en Literatura–, que situaba a los diez más importantes escritores argentinos de diferentes épocas: ¡ni una mujer aparecía en esa nómina selecta! No puede sorprender teniendo en cuenta la densidad granítica patriarcal que se revela en nuestra estructura social.

Por eso es fundamental la aparición de la colección “*Esa plaga de polleras...*”, porque el período que desean cubrir las editoras remite a la dominante semiología del estereotipo polleril, ya que los pantalones eran la ropa de los varones, y la fórmula “ponerse los pantalones” –con que tantas veces el sentido común daba cuenta de fórmulas viriles en la actuación (¡todavía en uso...!)–, estaba reñida con la condición de las mujeres. No obstante, algunas trabajadoras solían vestir pantalones para faenas duras. Pero debe recordarse que cuando las polleras se acortaron, en la década 1920 y de modo audaz algunas mujeres se pusieron pantalones –especialmente entre las clases altas, actrices, *celebrities*–, las seguidoras populares solían ser vistas como transgresoras, catalogadas como *snob* en su avidez de imitar a las del grupo distinguido. En fin, el siglo XX ha traído una vorágine de cambios de moda pero apenas se han conmovido los estereotipos. Y esta colección incita a pensar profundamente sobre esa persistencia trayendo las narrativas de mujeres que fueron disruptoras, algunas decididas anticipadoras del feminismo, todas ejercitando fórmulas que animaban al camino emancipatorio.

Debe conmemorarse que en el ámbito de la Universidad Nacional de Mar del Plata, que viene desarrollando una intensa y sostenida actividad para formar con perspectiva de género, para establecer relaciones de equidad reconociendo el

arco de las diferentes identidades sexo-genéricas, y ofrecer a la sociedad vías para la erradicación del patriarcado, surjan empresas editoriales como esta. Festejamos que esta colección tenga el propósito de contribuir a la justicia de género quitando el velo de la ceguera cognitiva y que pueda nutrir los intercambios esclarecedores en las aulas, y también fuera de ellas.

